



Crespi, Maximiliano. "Discutir las imágenes. Sobre el pensamiento crítico de Regina Gibaja".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, noviembre de 2021, vol. 10, n° 23, pp. 114-125.

Discutir las imágenes Sobre el pensamiento crítico de Regina Gibaja

Discuss images. On Regina Gibaja's critical thinking

Maximiliano Crespi¹

Recibido: 14/08/2021
Aprobado: 09/09/2021
Publicado: 08/11/2021

Resumen

Este artículo sintetiza un primer avance de investigación formal en torno al trabajo crítico de Regina Elena Gibaja sobre las mitologías de "lo femenino" y los procesos de construcción y justificación de imagen de la mujer en el contexto cultural argentino del siglo XX a la luz de un enfoque de matriz marxista-existencialista. Presenta así una lectura del proyecto intelectual e institucional desarrollado por Gibaja desde sus comienzos y formación en el grupo de las revistas *Contorno* y *Centro* hasta su posterior inserción aca-démica e institucional en el campo de la investigación sociológica aplicada latinoamericana. En ese marco, busca especialmente iluminar la labor política e intelectual de una autora por lo general excluida del reconocimiento tradicionalmente atribuido a los "hombres" de la llamada "generación del 55".

Palabras clave

Intelectuales; crítica; feminismo; Contorno; Regina Gibaja.

Abstract

This article synthesizes a first advance of formal research on Regina Elena Gibaja's critical work on the my-thologies of 'the feminine' and the processes of construction and justification of the image of women in the Argentine cultural context of the twentieth century in the light of a Marxist-existentialist matrix approach. It thus presents a reading of the intellectual and institutional project developed by Gibaja from his beginnings and formation in the group of the journals *Contorno* and *Centro* to his later academic and institutional inser-tion in the field of Latin American applied sociological research. Within this framework, it seeks especially to illuminate the political and intellectual work of an author generally excluded from the recognition tradition-ally attributed to the "men" of the so-called "generation of '55".

Keywords

Intellectuals; Criticism; Feminism; Contorno; Regina Gibaja.

¹ Maximiliano Crespi se doctoró en Letras en la Universidad Nacional de La Plata. Es docente universitario e Investigador Adjunto del IdIHCS / UNLP – CONICET y de la ANPCyT con especialización en Historia Intelectual Argentina y Latinoamericana. Editó, prologó y antologó obras de Jaime Rest, David Viñas y Raúl Antelo. Ha sido profesor visitante y ha dictado cursos y conferencias en diversas universidades de México, Ecuador, Colombia, Brasil y España. Ha publicado los libros: *Viñas crítico* (2009; 2017), *La conspiración de las formas. Apuntes sobre el jeroglífico literario* (2011), *Jaime Rest. Función crítica y políticas cultura-les* (2013), *Los infames. La literatura de derecha explicada a los niños* (2015), *Pasiones terrenas. Amor y literatura en tiempos de lucha revolucionaria* (2018), *La revuelta del sentido* (2019) y *Tres realismos. Literatura argentina del siglo 21* (2020). ORCID: 0000-0003-2155-0573. Contacto: maxicrespi@gmail.com



Las voces que se insinúan no podrán menos que parecer
presagio de una literatura auténtica, y quienes así lo crean
encontrarán impulsos para esperar que, aquí y ahora, no está
todo perdido.
Regina Gibaja. “Presentación”
(1954)

En una jornada homenaje a Adolfo Prieto realizada en abril de 2019 en el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Humanidades y Artes (UNR), ahora oficialmente denominado “Instituto Dr. Adolfo Prieto”, donde los oradores son Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano bajo la moderación de Nora Avaro, Sarlo sostiene –en una suerte de hipérbole provocativa y audaz– que el gesto de corte de mayor radicalidad del proyecto *Contorno* (gesto que por ende refunda el campo para la emergencia de la crítica moderna argentina) es *Borges y la nueva generación*, publicado el 15 de septiembre de 1954 bajo el sello Letras Universitarias. Si se acepta esta hipótesis, cabe admitir que el momento de ese libro que, retórica y semánticamente, puede ser leído como un manifiesto es sin duda la “Presentación”, que aparece sin firma y en diferenciadas cursivas antes del epígrafe y del prólogo del propio Prieto.

En el texto de esa presentación, una voz sin nombre habla en tercera persona del plural. Al presentar un libro sostenido por “la fuerza de las convicciones”, afirma de manera categórica: “este ensayo sobre Borges tiene el valor de su fuerza y la garantía de su honestidad” (“Presentación” 5). Lo que allí se impone es, de ante mano, un “nosotros”, un plural atomizado y munido de una seriedad consciente de “los peligros de la parcialidad, admirativa o enconada” (5), que busca darse a conocer. Es la voz de “una generación sucesora” que se propone y dispone a “ubicar a un autor y a una generación en la atmósfera viva a la que pertenece y juzgar luego el cumplimiento de su misión literaria” entendiendo que la propia “misión literaria” está ligada a delimitar la propia ubicación: “la perspectiva exacta del propio destino en la vocación elegida” (5). Que Borges sea el nombre ante el cual la “nueva generación”² piensa y construye sus propias coordenadas de emergencia en el campo no es pues una elucidación de Sarlo sino algo

² En las primeras páginas de *Denuncialistas*, Nora Avaro y Analía Capdevila afirman que “los jóvenes del 50 pensaban su inclusión en la trama cultural en términos de ‘nueva generación’ según un esquema histórico elemental imperante por aquellos años que casi no sometieron a críticas [y que.] beneficiario de las posiciones de José Ortega y Gasset, interpreta el devenir a partir de una pugna entre valores modernos y valores perimidos de la que resulta de manera directa ‘el relevo’ de ‘los mayores’ por ‘los nuevos’” (15). La hipótesis de que es “Idea de las generaciones”, aparecida en *Revista de Occidente* en 1923, la que alimenta el concepto de generación con que se piensa *Contorno* es en principio discutible. No sólo porque Ortega y Gasset no forma parte del intertexto de referencia contornista sino porque, en *Les Temps Modernes*, a comienzos de 1948, Sartre –cuya presencia en *Contorno* y en el libro de Prieto ha sido ampliamente comentado– ya había avanzado una teorización de la conciencia generacional como la capacidad para reconocerse en el común de una praxis histórica vinculada a una experiencia de la verdad: para ese joven Sartre, pertenecer a una generación es comprometer la actualidad de la propia praxis “en un porvenir concreto, delimitado por las esperanzas, los temores y las posibilidades de acción de todos y cada uno” (“Écrire pour son époque” 88). En ese sentido, “lo que llamamos *verdad* de una época –sigue Sartre– es su sentido, su ambiente, en tanto que vivida como descubrimiento de Ser” (90). Y, por ello mismo, la *verdad histórica de una generación* “estará viva mientras sea iluminación, revelación, compromiso para con los otros” (91); cuando deja de ser tal en la época, cuando pasa a la generación siguiente, muere. En 1959, en un célebre reportaje concedido al semanario *Marcha*, David Viñas hará hincapié en que la de generación es una referencia a un tipo de experiencia que en sus aciertos o en sus fracasos parece ir “espesándose cualitativamente” (13). En palabras de Sartre: el para-sí vive en la verdad como el pez en el agua: “la montaña en que una generación cree haber construido su nido de águila no será para la próxima más que una topera: la frase que hayamos pronunciado en relación con nuestra época figurará entre las pruebas de nuestro proceso” (30-31).

explícitamente asumido desde esa “Presentación” sin firma en la cual se puede percibir sin duda la resonancia de un texto sartreano: “Écrire pour son époque”, publicado en 1948 en *Les Temps Modernes*. Se trata en efecto de un rasgo de hiperconsciencia y “una definición de su postura frente a la literatura y consecuentemente de su responsabilidad total en la situación que reconoce como propia” (89).

Escribir para la época en un sentido sartreano implica un saber o, al menos, la intuición de un saber de lo que es propio de la propia época, como de la necesidad y del compromiso generacional de quitarle aquel objeto en que reconoce su valor: “Borges, ante quien la nueva generación no puede permanecer indiferente, es estudiado aquí en tanto se dan en él, en su forma más lograda, aquellos elementos característicos de una generación cuyo enjuiciamiento intenta el autor” (“Presentación” 4). Lo que se hace explícito es el hecho de Borges es el objeto transicional de un enfrentamiento que se da entre generaciones por imponer su verdad en la época. Por eso se aclara enseguida que, “en la medida en que la obra que se presenta no es exclusivamente un estudio sobre Borges, las posibles discrepancias con los juicios particulares no inciden fundamentalmente en la totalidad” (4) a la que apunta el texto como intervención crítica en un campo donde parece primar el elogio irrestricto de la obra borgeana.³ Que haya dos generaciones en pugna en la época quiere decir que hay dos actitudes ante la historia, dos lenguajes que las corporeizan; pero no quiere decir que la alternativa se libre entre fuerzas similares. Al contrario: hay en efecto una generación legitimada hegemonícamente y una emergente que, como “presagio”, se afirma en la negatividad: “De los nuevos no se sabe nada o casi nada. Ahora comienzan a publicar. Los viejos quieren olvidar lo principal: que escribir es impugnar” (40), escribía Oscar Masotta un año antes en la revista *Centro*.

Porque escribe para su tiempo, la crítica de intervención es –se afirma también en la “Presentación”– “sólo un punto de partida, compromiso asumido en su responsabilidad futura de escritor de una nueva generación”, como parte de una tarea de negatividad que se asume como “una carga ineludible” (“Presentación” 6). Tanto en la “seriedad” como en la “rigurosidad laboriosa” que se adscriben al abordaje de Prieto hay que identificar en efecto el imperativo de trabajo de una generación emergente y comprometida con su época: una joven generación que interviene con vehemencia pero también con “la justeza y precisión de su lenguaje”, comprometida en una búsqueda orientada por “un sentimiento concreto de la realidad” y guiada por un “impulso de verdad” y “honestidad en el hacer” (6).⁴ No se trata, por supuesto, de dar con la “Verdad” como enunciado sino de producir una enunciación verdadera, vivida apasionada y absolutamente, por cuenta y riesgo.

Ciertamente, como afirma Sartre en 1948, quien se compromete en esos términos, hace existir la verdad de su época más allá de cualquier refutación y cualquier ratificación:

Mañana estarán equivocados; hoy tienen razón absolutamente: la época siempre está equivocada cuando está muerta, siempre tiene razón cuando vive. Aunque la condenemos con posterioridad, tuvo en un principio su manera apasionada de amarse y desgarrarse, algo contra lo que los juicios futuros nada pueden. (2117-2118)

Porque “un libro tiene su verdad absoluta en su época” (“Presentación” 6), el trabajo de Prieto dice lo que dice de Borges, pero sobre todo dice la verdad de una época y de una generación que a la postre se reconocerá como “la generación de *Contorno*” (Terán, 199). Si la

³ Cabe mencionar que, en ese mismo año, Jorge Abelardo Ramos publica su *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, un turbulento panfleto que, con otras limitaciones teóricas, desde otro ángulo político y ciertamente con mucha más masividad que Prieto, apunta a resquebrajar el consenso creado alrededor de la figura literaria de Borges.

⁴ Sobre este punto en particular, véase Cousido, 2013.

verdad absoluta de *Borges y la nueva generación* se vuelve explícita en “Presentación”, el borramiento del nombre puede formar parte de una estrategia justificable en el contexto. Lo que Sarlo parece anunciar con un gesto descubridor es ya un reconocimiento literalmente planteado y asumido como marca específica de una ruptura generacional, donde una fuerza emergente busca desplazar a otra anterior para hacerse lugar en la época a partir del reconocimiento, ante los otros y entre los suyos, de “un común fundamento generador, aun por expresarse” (“Presentación” 8). No sorprende que Sarlo no haga alusión alguna a esa “Presentación” de la que toma su argumento.⁵ Lo que llama la atención es que no la haga tampoco Nora Avaro, quien en *Denuncialistas. Literatura y polémica en los ‘50*, realizado junto a Analía Capdevila y publicado en 2004, recupera –entre los primeros escritos de esa generación emergente– el texto de esa “Presentación” escrita por Regina Gibaja –cuyo nombre, curiosidad al margen, es el único excluido de la tapa de la “antología crítica”–.

La joven Regina Elena Gibaja no había escrito porque sí ese texto que apareció sin firma abriendo el libro de Prieto. Se había ganado, dentro de esa generación emergente, como afirma Viñas, un lugar importante. En principio, había sido la primera en plantear y asumir como políticas las cuestiones de género. Con veinticinco años, en septiembre de 1952, desde las páginas de la revista *Centro*, reseña *Le deuxième sexe* de Simone de Beauvoir (editado por Gallimard 1949 y recién publicado en español en 1954, bajo el título de *El segundo sexo*, en traducción de Pablo Palant, por Ediciones Psiqué).⁶ Gibaja lee el texto de Simone de Beauvoir y discute con un estado de la imaginación de lo femenino instalada en un contexto donde *Sexo y carácter* de Otto Weininger –publicado en el país a comienzos de los 40– catalizaba las referencias bibliográficas con un énfasis fundamentalmente orientado a subrayar la diferencia sexual. Casi todo el material teórico reconocible en la época, desde el plano de la medicina o de la filosofía, mostraba una impronta derivativa que respondía –directa o indirectamente– a las argumentaciones de Weininger pivotando ya sea sobre *Tipos psicológicos* de Carl Jung (traducido por Ramón Gómez de la Serna en 1945), ya sobre *La psicología de la mujer* de Helen Deutsch (que en 1947 la editorial Losada había publicado en traducción de Felipe Jiménez de Asúa). También estaba, claro está, la perspectiva científica sobre la cuestión: Gino Germani había impulsado la edición nacional de *El carácter femenino* de Viola Klein aun considerándolo poco más que un uso correcto y eficaz de la concepción sociológica del conocimiento formulada por el húngaro Karl Manheim.

La célebre idea planteada en *Le deuxième sexe* de que no se nace mujer, sino que se llega a serlo (*en y por* una experiencia de orden social) ha generado discusiones y debates importantes dentro de la tradición crítica feminista (Bellucci y Smaldone), pero en el contexto del trabajo de Gibaja el planteo está estrictamente ceñido a una filosofía política que resiste a la naturalización de las determinaciones de lo biológico, lo psíquico y aun lo económico en la asignación de roles y funciones dentro del sistema de una sociedad.⁷ Como Sartre, Simone de Beauvoir está

⁵ Tampoco menciona nunca su nombre en el artículo “Los dos ojos de *Contorno*”, aparecido en el mismo número (13) de *Punto de vista*, donde justamente Sarlo y Altamirano entrevistan a David Viñas y donde éste describe a Gibaja como una lectora “fuera de serie respecto de las mujeres de la Facultad y de Buenos Aires incluso, te diría...” (11).

⁶ Véase sobre este punto en especial el exhaustivo trabajo de Mariana Smaldone (“Las traducciones rioplatenses de...”).

⁷ En términos de Simone de Beauvoir: “On ne naît pas femme: on le devient. Aucun destin biologique, psychique, économique ne définit la figure que revêt au sein de la société la femelle humaine; c’est l’ensemble de la

convencida de que es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio entre lo masculino y lo castrado que se remite a lo “femenino”. Y entiende por ello que sólo *en y por* la mediación de otros se puede “constituir a un individuo como Otro” (27). La lectura de Gibaja se inscribe en efecto en una “posición existencialista que aspira a fundar una ética de la libertad desde la materialidad de los cuerpos” concentrada especialmente en “*Pour une morale de l’ambiguïté*” (“*Le Deuxième Sexe* de Simone de Beauvoir” 25).⁸ Lo que está en juego en ese texto clave es una ética que a la postre se impondrá como marca registrada de la generación denunciante: la de un compromiso con la elección de su destino, la “de decidir la forma de su vida e incluso de jugársela cuando ese juego se siente como lo más auténtico” (25). Esta “afirmación de la voluntad por encima de los determinismos” es la piedra de toque de una moral generacional que, en palabras de Gibaja, “surge del actuar espontáneo, de la elección consciente y responsable de cada momento que ha de vivirse” (25).

Más cerca de Merleau-Ponty que de Sartre, Simone de Beauvoir apela en ese texto a una idea de “ambigüedad” que implícitamente remite a un punto de vacilación entre la situación del *dasein* heideggeriano y el *être-au-monde* de Merleau-Ponty. Desde allí cuestiona el carácter absoluto y determinante del *cogito* cartesiano y del *cogito* prerreflexivo sartreano. Como bien advierte Gibaja, para de Beauvoir el cuerpo propio es “el quicio del mundo” y no “el yo que piensa”. El cuerpo propio es el medio de comunicación con el mundo justamente porque se instituye como horizonte de toda experiencia. La ambigüedad empieza a ser considerada desde que se advierte que cada cuerpo sexuado lo es con “marcas diferenciales” (Beauvoir, 20). Como es el propio cuerpo el lugar desde donde precede la distinción entre sujeto y objeto, y por ende también el lugar desde el cual se disponen las relaciones con el mundo y con los otros, no puede ser prefigurado o estabilizado *a priori* como una figura de existencia.

Como bien advierte Gibaja, “*Pour une morale de l’ambiguïté*” presenta ya de manera germinal una serie de aporías morales vinculadas al cuerpo, al yo y a la situación que de Beauvoir retoma en *Le deuxième sexe* y en muchas de sus ficciones, donde pone en escena la opresión infligida por el patriarcado, la mala fe de las mujeres víctimas-cómplices del sometimiento y en especial las condiciones de la libertad, la situación y la ambigüedad que implica la constitución de una moral. Todo individuo singular se realiza en el contexto de su libertad y se manifiesta en un proyecto elaborado desde la realidad ambigua que en su cuerpo emerge como deseo de existencia, y que no puede ser prefigurado bajo ningún concepto. En este espectro de pensamiento, cada “cuerpo vivido” es un “un sexo vivido”, “una sensibilidad vivida” y “una política vivida”. Implica, por ende, siempre una dialéctica de inclusiones y exclusiones que es constitutiva de la “trágica ambigüedad” con que se experimenta la vida. Suprimir la ambigüedad será por ende suprimir la vida en su diferencia; la ambigüedad es propia de la condición humana porque pauta la relación con la alteridad en el mundo. Es la que hace a cada individuo “parte del mundo”. Tanto para Merleau-Ponty como para Simone de Beauvoir, el ejercicio de la propia libertad en la definición y la institución de un proyecto personal (o generacional) implica confrontar, generar alianzas, tomar distancia, pero ante todo implica reconocer la diferencia como marca constitutiva de los proyectos. A partir de esa diferencia

civilisation qui élabore ce produit intermédiaire entre le mâle et le castrat qu’on qualifie de féminin. Seule la médiation d’autrui peut constituer un individu comme un Autre” (285-286).

⁸ Gibaja resume la adscripción de Simone de Beauvoir al marco general de la filosofía existencialista en estos particulares términos: “La trágica situación del hombre cuya vida es transcurrir hacia la muerte, su libertad y su dependencia, su miseria y su pareja importancia, su soledad y su relación constante con los otros hombres, configuran esa ambigüedad que el hombre debe asumir, pues sólo por un decidido conocimiento de los términos en que encuentra su existencia podrá darle cada uno el único valor y el único sentido que la justifique, sentido y valor que no pueden ser externos, ya que ‘el hombre auténtico no consentirá en reconocer ningún absoluto extraño’” (25).

constitutiva, ligada a “la ambivalencia pendular de existencia y muerte” se desplegará una moral de la ambigüedad de la cual se desprenden los encuentros y desencuentros de la historia (Beauvoir 23). En este marco hay que comprender la posición ambigua que Gibaja tendrá respecto de Victoria Ocampo, quien incluye en la revista *Sur* la discusión de la cuestión feminista, pero vaciándola del rigor materialista y existencialista explícito en la perspectiva de Simone de Beauvoir.

La primera reseña de *Le deuxième sexe* que aparece en la revista dirigida por Victoria Ocampo es sobria, descriptiva y frugal; la firma la prestigiosa romanista, historiadora de la literatura belga Émilie Noulet (1950), esposa del poeta catalán Josep Carner. La segunda se puede leer en un “Comentario tardío sobre Simone de Beauvoir” de Rosa Chacel a propósito de *L’Invitée* y publicado en *Sur* en 1956. En esta ocasión la reseñista no presenta una posición distanciada; deja entrever más bien el recelo y la incomodidad que ese ensayo le ha producido a ella y a otras mujeres de su época. Como bien afirma Marcela Nari, Chacel empieza por reconocer que, en el contexto de su aparición, “no tenía demasiados colegas con quienes polemizar sobre la autora francesa” y acaba por deducir de ese síntoma que tal hecho se debía a la vehemencia con que Simone de Beauvoir presentaba las provocativas tesis de *Le deuxième sexe* (296).

Escrito cuatro años antes, el artículo de Gibaja no busca justificar la resistencia sino comprender lo que en efecto mueve a esa resistencia. La autora adelanta rodeos y recursos que luego se verán en la peculiar estrategia ensayística de otros autores de su generación. Uno de ellos –que hallaremos luego en voces como las de Oscar Masotta o León Rozitchner– es la idea de que hay que arrancarles a los escritores de derecha el uso casi exclusivo que hacen de determinadas nociones y categorías de pensamiento. Para Gibaja, el primer punto valorable de *Le deuxième sexe* radica justamente en manifestarse ante todo como “un intento de liberar esa palabra [“femenino”] del aparato conceptual tradicional que la rodea” (“*Le Deuxième Sexe* de Simone de Beauvoir” 26). Esto es: de sustraerlo a ese “modelo de la femineidad [que] no es producto de la observación de la mujer en su actividad libre” sino de una coacción ideológica naturalizada: “Si en general puede hablarse de una coacción social sobre los seres humanos, en lo específicamente femenino esta coacción es de tal peso que anula también el deseo de reacción”, al punto que incluso las más emancipadas terminan acatando “inconscientemente el imperativo interno que les niega el derecho a hacer sus vidas atendiendo a sus más verdaderos impulsos y a crear su propia femineidad, vale decir: su persona” (26). El núcleo del artículo de Gibaja se aplica a subrayar la manera en que *Le deuxième sexe* reacciona contra la tipificación de los roles y las funciones sociales a partir del establecimiento y la naturalización de “imágenes, mitos o arquetipos” de lo femenino y de lo masculino. Más allá de la implícita atribución de un valor positivo al último y un valor derivado al primero, lo que el libro de Simone de Beauvoir denuncia es que el modelo ideológico articulado sobre esas “tipificaciones” remite al plano de las determinaciones inconscientes –del mismo modo en que años atrás Weininger remitía a determinaciones biológicas– cuestiones que en realidad son de orden socio-histórico. *Le deuxième sexe*, afirma Gibaja, se distancia del “feminismo tradicional” y lleva la discusión al orden de la liberación (política, sexual e intelectual) que se hace posible a partir de una toma de conciencia: la que precede a “la liberación de la mujer de la falsa femineidad” para poder entonces apropiarse de su “destino humano” (28).

En esa línea de pensamiento se instituye “Sobre lo femenino”, el texto de discusión con el progresismo metafísico de Ernesto Sabato que Gibaja firma en el número siguiente de la revista *Centro*, de fines de 1952. En él desarma despiadadamente los argumentos del debate “Sobre la metafísica del sexo” presentado por el autor de *El túnel* en las páginas de la revista

Sur.⁹ Muestra hasta qué punto su pensamiento está cubierto de una falsa racionalidad y sobre todo de una simulada y demagógica empatía con la mujer. Pone en evidencia que el suyo es un discurso arquetipizado de roles y funciones sobre una atribución de caracteres y disposiciones de determinación innata. Gibaja es más que categórica: enredado en esa madeja ideológica donde las imágenes insuflan prejuicios estereotipados, el planteo de Sabato “muestra una absoluta falta de realismo” (“Sobre lo femenino” 17). La incapacidad para comprender que la dominación se manifiesta en el orden de la experiencia y de la materialidad vívida de lo social lo lleva a caer una y otra vez en “comparaciones abstractas y arbitrarias” que, en el límite del ridículo, terminan por decantar en “divagaciones” de grotesco “tinte telúrico” –como “la ubicación de la mujer en el misterio informe de la tierra” (18)– que no hacen otra cosa que reforzar viejos y falsos tabúes que impiden pensar la problemática en su dimensión más concreta. En un ademán que impugna tanto cierta imagen (progresista y humanista) de Sartre que Sabato quería usufructuar como cierto flirteo con los saberes de las ciencias duras que no vacilaba en convocar desde su perfil de “matemático malogrado”, la crítica de Gibaja apunta sobre la “capacidad intelectual” que Sabato muestra para abordar el problema sin perder de vista su “irresponsabilidad” y su “falta de rigor” y actualización teórica para sostenerse en una discusión seria. Sabato y su manera metafísica de plantear los términos de la discusión en torno a lo femenino son justamente lo que la generación de *Contorno* busca dejar atrás. La joven generación propugnará desde el comienzo oponerse a toda espiritualización y abstracción de los conflictos, mostrando un genuino e insistente interés por la corporalidad, por las relaciones materiales de dominación y resistencia, por la problematización del sexo y la sexualidad como experiencia de la libertad.¹⁰ Y es por eso que no llama la atención el hecho de que, en el cierre de la nota, Gibaja apele una vez más al plural (generacional) para dejar manifiesta su posición en tono a los términos en que el planteo sabatiano se presenta.¹¹

En el mismo marco de discusión se encuentra el primer texto de Gibaja publicado en *Contorno*. “La mujer: un mito porteño” se publica en septiembre de 1954, en el número 3 de la revista dirigida por Ismael y David Viñas, y extiende la discusión con esa ideología que cristaliza en mito un sentido común construido por prejuicios, recelos, coartadas y argumentos socialmente interesados. Lo que “se oculta” bajo la construcción cultural del mito femenino –“la mujer símbolo de la maternidad, la mujer símbolo de la castidad, la mujer símbolo de la tentación y la lujuria, la mujer esclava al servicio del placer del hombre, la mujer dominadora del hombre y causa de su caída etc.” (“La mujer” 10)– es tanto una manera de adjudicarle roles a lo femenino como de exorcizar la propia frustración de una existencia humana que no se atreve a plantearse la materialidad de su propia humillación en una configuración social opresiva. Gibaja ve en el tango un núcleo de condensación mítica: “es precisamente en la mujer del tango donde el argentino suele reconocer su vivencia más directa de la mujer” (10) y donde

⁹ El “debate” estuvo constituido por una carta de Victoria Ocampo en respuesta al artículo de Sabato, otra carta de Sabato y una última de la directora de la revista. En ninguna de ellas los autores se apartan sustancialmente de la matriz ideológica identificada y rebatida por Gibaja con una apuesta argumental muy similar a la que años antes empleara Sartre para defender el “valor político” de *L'Asphyxie* de Violette Leduc (1946).

¹⁰ Sobre este punto cabe recordar la polémica desatada tras la publicación de “La narración de la historia”, de Carlos Correas, en el N° 14 de la revista *Centro* (6-18), las continuas referencias a la corporalidad y la metafórica sexual en la crítica de David Viñas, la insistente crítica filosófica de León Rozitchner a la separación del valor de uso del valor de cambio o la lectura materialista-existencialista de la obra de Roberto Arlt por parte de Oscar Masotta.

¹¹ “Creemos que un problema de esta índole [lo femenino] no puede ser tratado con el exceso de sobreestimación masculina, superficialidad y vaguedad que reprochamos al autor [Sabato]. En nuestro país se conocen ya varias obras admirables por su seriedad y buena fe. En estos libros (me refiero especialmente a los de Viola Klein, Margaret Mead y Simone de Beauvoir), posiciones como las de Sabato y como las de sus fuentes son analizadas largamente y refutadas en lo que tienen de parciales y en los motivos que ocultan detrás de tan apabullante racionalidad” (18).

encallan los lugares comunes de la caracterización que aniquila los matices y la materialidad situada en función de la imposición de arquetipos: “pureza, lujuria, fidelidad, inconstancia, es decir, la muchacha buena e ingenua que será engañada, la madre siempre acogedora, la frívola que juega con el hombre y lo abandona después” (10). Esos arquetipos van acompañados de un tono y una moralización que en ciertos casos deriva en la justificación de la violencia. Por eso, como bien señala Gibaja, “las primeras son cantadas melancólicamente en sus frustraciones” y “las segundas [son] condenadas por la moral más rígida que encuentra en la puñalada la única cura para la virilidad herida” (10).

El análisis de Gibaja hace ver que el “lenguaje mítico” retiene todo pensamiento en torno a lo femenino dentro de un chato esquematismo en el que la relación amorosa está condenada al fracaso porque no se presenta como un vínculo desalienado, es decir, tendido de libertad a libertad. En este punto, el esquema argumental del planteo toma la referencia sartreana en torno al “problema de la comunicación” se anticipa al modelo de apropiación realizado por León Rozitchner en el memorable “Comunicación y servidumbre: Mallea”, publicado recién en el número 5/6 *Contorno*, de septiembre de 1955. Además de señalar la tendencia general a la aceptación de la servidumbre (por interpósita aceptación del discurso naturalizado que la “justifica”), Gibaja subraya con especial énfasis el error de quienes –incluso “de buena fe”– creen que la mujer “ya ha adquirido independencia” (basándose en el hecho puntual de que las mujeres “trabajan, estudian y actúan políticamente”), olvidando justamente que “la liberación no está en los hechos exteriores de la vida sino en las intenciones que los informan y les dan perspectiva” (“La mujer” 11). En ese sentido, discute aquellas posiciones que creen que “el feminismo es un problema que atañe a las mujeres, quienes deben lograr su liberación por cuenta propia si la desean o creen no poseerla” (11), esto es, sin comprender de qué manera y hasta qué punto esa cuestión se liga al problema general de la dominación social. Que esa posición se encuentre generalmente naturalizada entre los hombres prueba, para Gibaja, que la cuestión de la comunicación es el factor decisivo en cualquier transformación real. “Porque si la comunicación es comprensión, estímulo, libertad de criterio, no puede haber tal entre señor y siervo, y en la media en que la mujer admite cualquier tipo de dependencia, deja de ser el autónomo requerido para que la comunicabilidad entre individuos se establezca” (11). El intertexto de *L’être et le néant*, al que Rozitchner recurrirá para describir la psicología del Amo en el imaginario de Eduardo Mallea (Crespi, 26-32), aparece en Gibaja como la referencia teórica para plantear la causa de la inmovilidad y la servidumbre voluntaria a la que es empujada la mujer en la sociedad de mediados del siglo XX y que finalmente coarta la posibilidad de la relación libre. Como toda salida de la alienación debe en principio realizarse como reconocimiento del otro en su más inalienable libertad, la comunicación carece de autenticidad si no es ella misma *libre* reconocimiento de la libertad y la autonomía del otro.¹² Gibaja entiende que la tarea de establecer y sostener esa autonomía y esa libertad no es un asunto “de las mujeres”, sino un desafío a enfrentar como comunidad. Por supuesto que la mujer, en tanto sujeto oprimido, debe vencer en principio “una acendrada incapacidad de definirse en acuerdo consigo misma” (11). Su carácter y su voluntad no le bastan para conquistar su propia “autonomía interior”, la consciencia de sí como sujeto libre frente a la libertad del varón. Son

¹² Escribe Sartre en 1943: “Por el libre reconocimiento del otro a través de la experiencia de mi alienación, *asumo* mi ser-para-otro, cualquiera que fuere, y lo asumo precisamente porque es mi vínculo concreto con el prójimo. Así, no puedo captar al prójimo como libertad sino en el libre proyecto de captarlo como tal (en efecto, siempre queda la posibilidad de que capte libremente al otro como objeto), y el libre proyecto de *reconocimiento* del prójimo no se distingue de la libre asunción de mi ser-para-otro. He aquí, pues, que mi libertad, en cierto modo, recupera sus propios límites, pues no puedo captarme como limitado por el prójimo sino en tanto que éste existe para mí, y no puedo hacer que el prójimo exista para mí como subjetividad reconocida sino asumiendo mi ser-para-otro. No hay aquí ningún círculo: por la libre asunción de ese ser-alienado que experimento, hago de pronto que la trascendencia del prójimo exista para mí en tanto que tal” (*El ser y la nada* 549-550).

todavía “el prejuicio, el convencionalismo social, el temor a la opinión ajena y la imposición familiar” (11) los que gobiernan sus pensamientos y, a través de ellos, sus actos. Al mismo tiempo que lo hace el joven Barthes en París, Gibaja nota aquí que en la cristalización mítica la ideología hegemónica se impone como sentido común y la apariencia se confunde con la esencia. Y reacciona frente a ellas: “estas facetas [de aceptación y resignación al mito machista de la femineidad], hoy vividas con la inconsciencia de lo natural por la mujer, no deben ser consideradas parte esencial de su ser” (11). Son parte de una moralidad impuesta en un tipo de estructuración social basada en un régimen de competencia y explotación que produce y reproduce la incomunicación perpetuando la dialéctica Amo-Esclavo como única relación posible. Acaso por esa razón Gibaja cierra su artículo –sin privarse de citar provocativamente a la directora de *Sur*, en el número de *Contorno* que justamente se abre con una mordaz crítica de Adelaida Gigli en su contra– afirmando que recién:

cuando la sociedad desprejuiciadamente rompa al fin los tabús que apuntalan a esas mitologías y deslinde la responsabilidad que a cada sexo le toca en la creación de nuestros modos de convivencia, habrá llegado para la mujer la posibilidad de una liberación real, que consiste, [dicho] con palabras de Victoria Ocampo, en responsabilidad absoluta de sus actos y en autorrealización sin trabas. (“La mujer” 11)

La trayectoria posterior de Gibaja, ya fuera en el plano institucional de la enseñanza como en el de la investigación académica sobre los procesos pedagógicos y de instrucción fue realmente prolífica en el plano local e internacional (1982; 1983; 1986; 1987; 1992; 1993 y 1994).¹³ Pero a lo largo de su vida nunca abandonó la militancia feminista. Al contrario: la integró al núcleo su programa de investigación en ciencias sociales.

En 1990 publicó *Imágenes de la condición femenina*, libro que compila y articula¹⁴ un arduo y equilibrado trabajo de sociología científica con un riguroso y perspicaz compromiso crítico. El título, claro está, ironiza sobre los efectos de la entronizada mitología con que el

¹³ Regina Elena “Perla” Gibaja nació el 12 de diciembre de 1927 y falleció el 23 de julio de 1997. Se había graduado como Profesora de Filosofía en la UBA y de Sociología en Santiago de Chile. Pese a que siempre mantuvo un perfil más bajo que otras figuras de su generación, llegó a ser miembro de número de la Academia Nacional de Educación de Buenos Aires, Profesora de la UBA, de la Universidad Nacional de los Andes, de la Universidad Nacional de Río Cuarto, de la Universidad de Mérida (Venezuela) y de la Universidad Autónoma de Oaxaca (México). Ejerció como Investigadora del Instituto Torcuato Di Tella y del CONICET en el CICE y en el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, donde dirigió el Proyecto Internacional Aspectos Sociales de la Modernización. Desarrolló además numerosas y productivas investigaciones dentro del marco del Center for International Affairs of Harvard University, del Instituto de Investigaciones para el Desarrollo Social de las Naciones Unidas, y del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. En sus años de exilio, integró el grupo de trabajo del Programa Nacional de Adultos y Capacitación Popular de Colombia, en los programas de Innovación Tecnológica en las Zonas Rurales de Chile, en Libros de Texto de la Escuela Primaria de México, en el Programa de posgrado en Metodología de la Investigación Educativa, ITDT. Durante toda su vida trató de vincular este conjunto de problemas concentrados en las condiciones de realización de la comunicación y el reconocimiento del otro en su inalienable libertad. Tuvo como maestros a Gino Germani y a Clifford Geertz, cuya obra estudió en su exilio mexicano. En su trabajo posterior, discutió aguda e incansablemente los estandarizados criterios de jerarquización de los roles (activo-pasivo) en el ámbito del arte (1964) y de la enseñanza (1982, 1992 y 1993), estudió los fundamentos y las condiciones de emergencia de la “enseñanza tácita” (1986, 1987) y desarrolló una importante cantidad de investigaciones en el campo de la sociología cuantitativa aplicada, donde desarrolló su trabajo en la perspectiva de la *thick description* geertziana (1983).

¹⁴ Con excepción de la Introducción y el Apéndice, los capítulos que lo componen fueron todos originalmente concebidos y publicados como artículos independientes en revistas académicas.

imaginario patriarcal limita la autopercepción de la mujer para “condicionar” su potencial humano. Pero el epígrafe, que retoma la idea central de *Le deuxième sexe* (“On ne naît pas femme: on le devient. Aucun destin biologique, psychique, économique ne définit la figure que revêt au sein de la société la femelle humaine...”) (*Imágenes* 9), funciona como una declaración de principios y como la clave fundamental para comprender el lugar desde el cual Gibaja se oponía a las formas de opresión naturalizadas por el patriarcado al tiempo que cuestionaba las posiciones más cómodas y estereotipadas dentro del incipiente campo del feminismo vernáculo.

El trabajo de Gibaja concentrado en el libro, que una vez más busca alejarse de cualquier análisis metafísico en abstracto, se articula como una exploración dentro del campo de la cognición social sobre los discursos instalados y sobre “las imágenes naturalizadas en torno al carácter femenino y otros estereotipos de la mujer” (*Imágenes* 17). Parte de un análisis concreto de una muestra empírica material (recabada a partir de informes de mujeres obtenidos bajo el recurso de entrevista abierta), con un riguroso procedimiento que garantiza su representatividad en el campo de la educación formativa a diversos niveles. Lo que busca identificar no es ya las diferentes “imágenes de lo femenino” sino sus modos de reproducción y naturalización y sus tendencias o posibilidades de transformación futura. Pero para ello antes realiza un agudo repaso de los “estudios preexistentes acerca de la mujer”, de “la visibilidad creciente de la cuestión femenina”, de las “teorías científicas y académicas sobre la condición femenina”, del emergente “pensamiento feminista” (lo que incluye tanto a las “teorías con que se interpreta la situación de la mujer” como “las estrategias para cambiarla”). En este punto, Gibaja distingue con insistencia la corriente representada por el “feminismo tradicional [que] se alimenta principalmente de ideas liberales” y “sostiene básicamente que todo el mundo, y particularmente la mujer, debe tener derecho a participar dentro del sistema social y económico” (21-22). Como alternativa a este “feminismo liberal”, que “se apoya en valores considerados universales” pero que en realidad “reflejan solamente el interés especial de un grupo particular” (22), Gibaja presenta las nuevas corrientes del “feminismo socialista y marxista”. Estas tendencias, aun cuando presentan matices y diferencias, pero “conducen en buscar la explicación [de la situación] en el análisis de los modos de producción y de la posición de las mujeres en la estructura de clases (23). Teniendo por objetivo hacer visibles “los fundamentos capitalistas y patriarcales del estado liberal y la opresión inherente a la división sexual del trabajo” (27), estas corrientes ligan la salida de la servidumbre a un proceso de liberación colectiva, entendiendo que la liberación feminista “sólo será posible dentro de un proceso de desmantelamiento de la estructura capitalista y patriarcal que termine con la división sexual del trabajo” (23).

Asimismo, *Imágenes de la condición femenina* pone en escena también los rasgos fundamentales del cuestionamiento epistemológico en el planteo feminista desarrollado desde la perspectiva de un feminismo ultra-radical. En este sentido, presta especial atención a los estudios centrados en los procesos que relacionan ciencia y cultura: 1) “el proceso por el cual la definición cultural del género se convierte en la fundamentación de un conocimiento supuestamente objetivo de la naturaleza” (22) y 2) “el proceso por el cual la teoría científica ayuda a conformar conceptos sociales tales como género” (23). Esta perspectiva crítica subraya la complicidad de la ciencia en la imposición de un determinado paradigma cultural acerca de “la naturaleza del hombre y la mujer” que condiciona y limita el horizonte de los abordajes críticos y, en posiciones extremadas, postula la búsqueda de una exterioridad absoluta a la racionalidad propia del patriarcado occidental.

Pero el núcleo de discusión del trabajo de Gibaja es con la ideología enraizada en la “concepción esencial de lo femenino” que antes había enfrentado en Sabato. Está convencida de que “al afirmar la superioridad de las mujeres y de su ética maternal, solidaria y humanizada, frente al competitivo y egoísta individualismo masculino”, esa ideología condena a “elegir entre dos mundos: el privado y afectivo de la maternidad y el público y racional de la ética masculina” (*Imágenes* 28). Por esa razón apunta a dar importancia a “los mediadores cognitivos

idiosincrásicos” entendiendo que todavía no han sido pertinazmente atendidos con relación a la problemática planteada.¹⁵ La intención de Gibaja es explorar cómo se producen, reproducen y transforman los recursos “que las mujeres usan para justificar sus elecciones o decisiones vitales” (30). Los mediadores cognitivos, en tanto elementos clave del “proceso de transformación de nuestros esquemas perceptivos”, le devuelven la imagen de una situación dinámica y no uniforme –ni siquiera al interior de “grupos relativamente homogéneos en cuanto a clase social, lugar de residencia, influencia cultural o educación” (32-33). Y, por ende, le permiten a Gibaja identificar “los momentos y las opciones de distanciamiento que las mujeres muestran respecto a las imágenes que les ofrecen los estereotipos corrientes” (33).

Gibaja se detiene pues en los síntomas materiales (por ejemplo: la sensación de inseguridad que aborda a las mujeres que desempeñan roles que no responden al estereotipo tradicional; o, a la inversa, la mala conciencia de aquellas que buscan justificar su “opción por el estereotipo”) para pensar desde allí lo no pensado de la problemática, lo que el sentido estereotipado oblitera en favor del *statu quo*. Considera, con Clifford Geertz, que “los dogmas del sentido común no se presentan como postulados sino como realidades perentorias”: afianzadas en “la ‘sabiduría’ del sentido común”, ciertas imágenes e ideas se muestran blindadas de tal forma que “inhiben el análisis” (*Imágenes* 33-34). Por esa razón, desde la hipótesis de que “las mujeres podrán ejercer la capacidad de construcción intelectual independiente si antes alcanzan una percepción autónoma de sí mismas” (39), hace emerger un tipo de interrogación crítica oblicua y novedosa, especialmente atenta a las maneras en que los mediadores cognitivos construyen las “imágenes de lo femenino” y se instituyen como fundamento de las explicaciones que se elaboran para dar cuenta de ellas.

Fortalecida por un denso aparato conceptual y por un riguroso trabajo de campo, Gibaja cierra el ciclo de un proyecto intelectual que, como diría el propio Sartre, cambia, pero dentro de una permanencia. Que se mantiene fiel a sus convicciones éticas y a sus posiciones políticas a la vez que abierta y permeable a las transformaciones teóricas que en efecto enriquecen su perspectiva ofreciéndole un conjunto de saberes prácticos e instituciones que permiten identificar e interpretar las estrategias discursivas con que cotidianamente se subliman las contradicciones de la ideología hegemónica.

Obras citadas

- “Beauvoir: marcas de época en torno a la enunciación de identidades generizadas”, en *Mutatis Mutandis. Revista Latinoamericana De Traducción*, 8(2), 394-416, <https://revistas.udea.edu.co/index.php/mutatismutandis/article/view/24117>.
- Avaro, Nora y Analía Capdevila (comps.). *Denuncialistas. Literatura y polémica en los '50*, Santiago Arcos, 2004.
- Bellucci, M. y Mariana Smaldone. *El Segundo Sexo en el Río de la Plata*. Marea, 2021.
- Chacel, Rosa. “Comentario tardío sobre Simone de Beauvoir.” *Sur*, n.º 243, noviembre, 1956, pp. 9-35.
- Cousido, Diego. “La lección inaugural. Adolfo Prieto lector de Borges.” *La Biblioteca*, Año 10, n.º 13, 2013. pp. 392-399.
- Crespi, Maximiliano. *La revuelta del sentido. El paso (no) literario de León Rozitchner*. La Cebra, 2019.
- Geertz, Clifford, *The interpretation of cultures*. Basic Books, 1973.
- De Beauvoir, Simone. *Le deuxième sexe*. Gallimard, 1949.

¹⁵ “Estos no tienen un lugar destacado en las distintas teorías que han tratado los ‘problemas’ de ‘la condición femenina’”, así como “tampoco parecen ser un dato relevante en el propio discurso feminista” (30).

- Gibaja, Regina. “*Le Deuxième Sexe* de Simone de Beauvoir.” *Centro*, n.º 3, septiembre de 1952, pp. 25-28.
- _____ “Sobre lo femenino.” *Centro*, n.º 4, diciembre de 1952b, 14-18.
- _____ “*Los demonios de Loudun* de Aldous Huxley.” *Centro*, n.º 7, diciembre de 1953, pp. 56-58.
- _____ “La mujer: un mito porteño.” *Contorno*, n.º 3, septiembre 1954, pp. 10-11.
- _____ “*La razón y los enemigos en nuestro tiempo* de Karl Jaspers.” *Imago Mundi*, n.º 5, septiembre de 1954b, pp. 95-96.
- _____ “Presentación.” (sin firma) *Borges y la nueva generación*, de Adolfo Prieto, Letras Universitarias, 1954.
- _____ *El público de arte*, Eudeba, 1964.
- _____ “Aprendizaje e instrucción.” *Revista de la Universidad Nacional de Río Cuarto*, Año 2, n.º 2, 1982. pp. 165-196.
- _____ *La ‘descripción densa’, una alternativa en la investigación educacional*. Facultad de Ciencias Humanas de Río Cuarto, 1983.
- _____ *El mundo simbólico en la escuela*. Instituto de Investigación Sociológica de la Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca, 1986.
- _____ *El conocimiento tácito en la formación de investigadores en ciencias humanas*. Eudeba, 1987.
- _____ *Imágenes de la condición femenina*. Eudeba, 1990.
- _____ *La cultura de la escuela*. Aique, 1992.
- _____ *El tiempo instructivo*. Aique, 1993.
- Gibaja, Regina Elena y Ana María Eichelbaum de Babini (comps). *La educación en Argentina. Trabajos actuales de investigación*. La Colmena, 1994.
- Masotta, Oscar, “Las Ciento y Una.” *Centro*, vol. 3, n.º 6, 1953, pp. 40-41.
- Nari, Marcela. “No se nace feminista, se llega a serlo.” *Cuerpos, géneros, identidades. Estudios de Historia de Género en Argentina*, compilado por Omar Acha y Paula Halperín, Del Signo, 2000. pp. 293-308.
- Sabato, Ernesto. “Sobre la metafísica del sexo.” *Sur*, 209-210, 1952, pp. 24-47.
- Sartre, Jean-Paul. “Écrire pour son époque.” *Les Temps Modernes*, 33, 1948.
- _____ *El ser y la nada*. Losada, 1950 (1943).
- Smaldone, Mariana. “Las traducciones rioplatenses de *Le deuxième sexe* de Simone de Beauvoir: marcas de época en torno a la enunciación de identidades generizadas.” *Mutatis Mutandis. Revista Latinoamericana De Traducción*, 8(2), 2015, pp. 394-416, <https://revistas.udea.edu.co/index.php/mutatismu-tandis/article/view/24117>.
- Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*. Catálogos, 1986.
- Viñas, David. “Una generación traicionada.” *Marcha*, 992, 1959, pp. 12 -15 y 20; *Marcha*, 993, 1960, pp. 22-23.
- _____ “Ellos y nosotros: David Viñas habla sobre *Contorno*.” (entrevista de B. Sarlo y C. Altamirano) *Punto de Vista*, año 4, n.º 13, noviembre de 1981, pp. 9-12.